

PRESENTACIÓN EN WASHINGTON

La Lengua de Cervantes (28/07/04)

Muchas gracias, Daniel por tus amables palabras.

Me resulta difícil imaginar un presentador más adecuado para esta ocasión que Daniel López-Acuña. Nos conocimos en Madrid, hace ya más de veinte años, y gracias a una oferta suya me vine a vivir a Washington, y a trabajar en la OPS, en noviembre de 1994 lo que durante los siguientes siete años y medio me permitió viajar por las Américas y por algunos otras partes del globo. Daniel y yo hemos compartido proyectos, afinidades, aciertos, errores, esperanzas y, también, algunas aventuras. Nos unen nuestro gusto por la ciencia, la sociedad, la política, la literatura y los viajes. Demasiadas cosas, como ven, para no pedirle a él que me hiciera el favor de presentar este libro.

Gracias de nuevo.

Gracias también, cómo no, a La Lengua de Cervantes por abrirme este espacio de encuentro con todos ustedes. Supe de La Lengua y de Ignacio porque Eva Rodríguez-Braña me los mencionó hace un tiempo, una noche en Madrid, justo cuando empezábamos a soñar con algo parecido a esto. "Son una gente estupenda" me dijo "te gustará conocerlos". En estos meses de correspondencia electrónica he comprobado que Eva tenía razón. Son una gente estupenda y me ha encantado conocerlos. Eva también es estupenda, y sin su infatigable energía y dedicación a las causas de otros no estaríamos hoy aquí.

Muchas gracias, Ignacio y Eva.

Y muchas gracias a ustedes por haber venido. Gastar dos horas de una tarde de martes en acudir a la presentación del primer libro de un escritor español desconocido tiene, en mi opinión, mucho mérito. Sobre todo, si se trata de un libro de cuentos, género literario cuya salud es incierta pues tan reiterada como contradictoriamente, unos lo dan por muerto y otros por revivido. Yo más bien creo que a sus pertinaces enterradores podría, con justicia, aplicárseles el juicio de D. Juan

Tenorio sobre D. Luis Mejía: - Los muertos que vos mataís gozan de buena salud. Sobre todo, tras la concesión del premio Príncipe de Asturias a un cuentista tan pertinaz y exigente como Augusto Monterroso.

Mientras preparaba esta presentación y rememoraba Washington a mi memoria acudían muchos recuerdos.

En primer lugar, el de mis amigos y colegas de la OPS. Ellos fueron, y en gran medida siguen siendo, mi gran familia americana. Porque si la familia biológica no se elige, la otra, la de los afectos y sentimientos que perduran muy dentro sin importar tiempo y distancia, ésa, se teje poco a poco. Trabajando, discutiendo, sufriendo, soñando, analizando o divirtiéndose juntos. Mi imagen de esta ciudad, mis vivencias y recuerdos, están ligados a ellos. Algunos están hoy aquí. Otros trabajan y viven a lo largo y ancho de este continente enorme. Unos pocos ya no están, por desgracia, con nosotros.

A todos ellos les debo más de lo que puedo expresar. Muchas de las historias, los personajes y situaciones, los argumentos y anécdotas, incluidos en los relatos que forman este libro (y en otros que aún no he publicado o ni siquiera he escrito) se los debo a ellos. “¿*También viaja usted a Washington*” no habría tomado cuerpo si José Romero Teruel no me hubiera invitado hace catorce años a participar en un seminario internacional en el Hotel Marriot de Rossling, que es el mismo hotel que aparece al final del cuento. “*Luz interior*” se me ocurrió al regreso de un viaje de trabajo a México, y bien pudo haber sido cualquiera de los muchos viajes en aviones zarandeados por los ciclones y el mal tiempo, pues se trata de un cuento terapéutico, inventado sobre la marcha para conjurar el miedo a volar en medio de una fuerte turbulencia. En “*Secuestro de una noticia*”, que es una historia real que sucedió en Lima, las oficinas allanadas por el comando y algunos de los personajes que allí trabajan son los de la redacción de la agencia EFE en La Habana, y yo las pude conocer gracias a una serie de misiones sucesivas para colaborar en un Análisis del Sector de la Salud en Cuba. De no haber trabajado para OPS no habría vivido en los Estados Unidos, no habría tenido la oportunidad de pasar una semana de

vacaciones en Nueva Orleans, y con toda probabilidad no habría escrito *"Jackson Square"*. Y sin Priscilla Rivas y sin el Cancer Memorial Hospital de Washington, *"Dicen que recordar"* el más corto y más reciente de los doce relatos del libro, y el único que, hasta ahora, ha sido leído en público, nunca habría existido.

Diversos países de las Américas aparecen en nueve de ellos; los Estados Unidos, en cuatro; y la ciudad de Washington en tres. Demasiado para tratarse de una simple coincidencia. Pues aunque yo he escrito desde joven, y ya entonces leía a los grandes autores americanos que han escrito en español e inglés, vivir en los Estados Unidos y viajar por todo el continente me han cambiado la forma de escribir. En realidad, me han cambiado por dentro. Todavía hoy, la "experiencia americana" es una de las dos o tres grandes experiencias de mi vida, un caudal inagotable de recuerdos, imágenes, reflexiones y vivencias.

Y no me refiero solo al plano de lo "grande", de las experiencias culturales, sociales o políticas que de esas también ha habido, ¡como

no! Llegué a los Estados Unidos al poco de que Clinton ganara las primeras elecciones y me fui antes de que Bush cumpliera año y medio de mandato. Muchas cosas han pasado en este país, en este continente y en el mundo durante esos siete años y medio y, también, desde entonces. Por desgracia, algunas de ellas han sido trágicas y han marcado, siguen marcando, y, verosímilmente, nos marcarán la vida durante tiempo.

Y sin embargo cuando mis amigos me preguntan que aprendí durante mi etapa washingtoniana, casi nunca echo mano de ese tipo de experiencias sino que a menudo respondo con frases como "a ser más reflexivo", "a valorar más el tiempo presente", "a ser más humilde", más consciente de que los "grandes momentos" se nutren de millones de "pequeños momentos" y que los "grandes acontecimientos", las "grandes cosas" suelen ser un agregado de un sinfín de "pequeños momentos y de pequeñas cosas". No es un descubrimiento original ni demasiado brillante. Tampoco muy precoz considerando que yo lo hice con cuarenta y cinco años cumplidos. Pero para un voluntario exilado sentimental como yo lo fui al llegar fue un descubrimiento consolador. Y

estimulante. Alquilar un apartamento, sacar la cartilla de la seguridad social o contratar una línea de teléfono en un país ajeno cuyo idioma aún no se domina, y cuyas lógicas íntimas resultan mucho más diferentes de las propias de lo que uno habría esperado, pueden generar odiseas que no desmerecen a las epopeyas clásicas. Aún tengo pendiente de narrar como merece mi personal experiencia con la oficina del servicio de inmigración de Bolston un Año Nuevo en que, al regreso de mis vacaciones de Navidad en España, se me ocurrió guardar la oferta de renovación del contrato en la maleta en lugar de llevarla conmigo y no pude mostrársela al funcionario de inmigración del aeropuerto Dulles. Después de mucho meditar, el funcionario me hizo pasar a una oficina contigua donde esperé dos horas hasta que otro funcionario reparó en mi presencia y, tras mucho consultar, me dio un visado provisional para dos semanas plazo en el que yo debía presentarme en la citada oficina. Lo que ocurrió a continuación hubiera hecho las delicias de Kafka y de Larra. O el asombro que, cuatro meses después, me produjo la amable señora que regentaba la gasolinera donde mi mujer y yo nos detuvimos a tomar un café en Carolina del Norte, quien al saber que vivíamos en Washington, y con el rostro de

quien ha llegado por sus propios medios a una conclusión tan brillante como irrefutable, exclamó: - "Ah! Then you are in politics!"

En "Ventanas de Nueva York", Antonio Muñoz Molina nos ha legado una memorable colección de odiseas privadas y asombros irrefutables del español extranjero en la gran urbe norteamericana, de esos instantes eternos que lo son por la huella perenne que dejan en nuestra memoria y nuestros sentimientos.

Yo lo había leído antes. En Sherwood Andersson. En Ambrose Bierce. En William Faulkner. En Ernest Hemingway. Y lo leí estando aquí. En Charles Bukowski. En Tobias Wolfe. En Paul Auster. Pero, sobre todo, viviendo aquí, lo aprendí en carne propia. Lo mejor de la vida está hecho de instantes así, fugaces, salvo para sus protagonistas; efímeros, excepto para quienes los experimentan. De repente descubrí lo mucho que había tardado en comprender que no hay momentos sin importancia, como tampoco hay personajes "grandes" o "pequeños", detalles "significativos" o "irrelevantes". Que las cosas, los personajes, los detalles, son grandes o pequeños, relevantes o irrelevantes "según

para quién". Y que en aprender a verlos, en saber interpretarlos, vivirlos, recordarlos, sufrirlos y gozarlos, reside la felicidad.

Arundhati Roy ha escrito un libro imprescindible sobre todo esto. Se lo recomiendo.

La verdad es que yo me siento feliz hoy. Por estar aquí. Por estar con ustedes. Por presentar este libro.

De eso tratan los doce relatos que lo componen. De la alegría de estar vivos. Y, también, de sus dolores, paradojas, aciertos, desaciertos, y desengaños. Porque la vida no se elige. Nos viene dada. Y condicionada. Por nuestro código genético. Por las circunstancias que rodean a nuestra concepción y alumbramiento. Por el trato que recibimos durante la infancia. Por el medio familiar, social y cultural en que nos desenvolvemos.

Desentrañar esa tupida malla de condicionantes constituye parte esencial de la aventura de vivir. Sobreponernos a muchos de ellos

jalona el siempre inacabado "viaje interior" en busca de la libertad íntima, que es el ámbito primordial e innegociable de la libertad a secas.

Un gran escritora norteamericana, Susan Sontag, a quien el pasado otoño le concedieron, casi al mismo tiempo, el premio de la Paz de los libreros y editores alemanes y el premio Príncipe de Asturias de las letras españolas, lo explicaba con un juicio luminoso sobre sí misma: "Yo puedo parecer muy libre pero no siempre fui así. Yo lucho cada día contra ese esclavo (interior) que quiere que piense y sienta como los demás". Para eso parece que sirve escribir. Al menos, a mí me ha servido para eso.

Pero al mismo tiempo, escribir puede también servir para impulsar otro tipo de viaje, el "viaje exterior", en busca del Otro y de los otros. En mi caso, viajar fue ante todo un sueño de infancia nutrido por los tebeos, las novelas de aventuras, los libros escolares de geografía e historia, las películas y la primera televisión en blanco y negro.

Y - como en el caso de aquellos escritores del siglo XIX que se inventaban continentes fabulosos y océanos inconquistables sin moverse de casa - alentado por la imaginación.

Pues recuerdo que yo devoraba aquellos materiales impresos con el ansia de quien, más que leerlos, los iba recreando mientras los leía. Ya desde las primeras líneas de cada capítulo mi mirada resbalaba sobre la letra impresa, "se me iba el santo al cielo", y la fantasía levantaba el vuelo e improvisaba sobre la marcha desarrollos imposibles, argumentos inverosímiles, finales disparatados. A menudo me interesaban más mis invenciones que las del autor y, tras un par de intentos infructuosos, abandonaba el capítulo (y también el libro), decidido enredado en la tupida madeja de mis invenciones, sin terminarlo.

También me recuerdo entre los cinco y los ocho años durmiendo en un pequeño sofá - cama del comedor del pisito donde poco antes mi padre había instalado uno de los primeros televisores que hubo en el edificio. Mi madre me acostaba después de cenar y me hacía prometerle

que me dormiría enseguida. Para facilitarme el sueño bajaba el volumen del aparato hasta dejarlo casi mudo. En particular, como muchos niños de la época, tenía prohibido abrir los ojos si el anuncio de la película de la noche aparecía con dos rombos en la pantalla.

Así, aprendí a ver el cine como los nómadas el desierto: a través de la fina rendija de mis párpados entrecerrados. Y a inventar, por mi cuenta y al hilo de las mudas imágenes entrevistadas, argumento y diálogos. Lo curioso es que, a la mañana siguiente, yo era quien, con mayor entusiasmo y lujo de detalles les narraba a mis compañeros de pandilla, la película prohibida.

También me recuerdo, más o menos en esa época, paseando con mi madre a la salida del colegio y empujando el cochecito de mi única hermana, seis años menor que yo, y contándole cuentos para entretenerla. Ella me reclamaba luego por las noches que concluyera la historia y solo así se dormía. Y yo, que nunca he sido bueno para los finales, la engañaba como podía y alargaba el relato de un día para otro con tal de no verme obligado al forzado ejercicio de tener que acabarlo.

Inevitable inicio en los rudimentos del suspense que siempre me ha parecido componente esencial del buen narrar. Ya adulto, lo volvería a reeditar, echando a mano a poemas y canciones como recurso de apoyo, cuando me llegó el turno de acostar a mis hijos.

¡Que poderosa es la imaginación, la de los niños y la de los adultos, si trabaja con buena materia prima! Y ¿cuál mejor que la realidad misma? Una realidad que pesa, mide, siente, huele, ríe, grita, suda, llora... Pocas veces amable. A menudo, terrible (ahí están cada día los noticiarios para recordarlo) Rara vez hermosa. Insuperablemente hermosa, cuando lo es.

Esto he aprendido a lo largo de treinta y cinco años de escribir sin publicar: que nada supera a la realidad, salvo la realidad misma. Y, también, que nosotros formamos parte de ella. Pues nuestros sentimientos (esa especial vibración del alma donde Conrad situaba la materia prima de la vida misma) forman parte, a menudo de forma inadvertida, de los sentimientos de otros. Como lo forman también nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestras ideas y emociones,

nuestras pesadillas y sueños. ¡Qué tarde solemos descubrir, más tarde los hombres que las mujeres, lo relevantes que, sin saberlo, podemos llegar ser para otros! ¡Y lo mucho que ellos, a su vez, nos influyen!

Escribir me ha ayudado porque ha sido un compañero fiel, disponible y arisco como ese “amigo fantasma” que se inventan los niños para sentirse menos solos. En mi caso, se trata de un amigo que se ha empeñado en crecer conmigo. Desde los versos torpes y copiados de la adolescencia; a los poemas de soledad y vacío de un largo exilio interior; a los primeros relatos cortos de quien busca salir de un pozo hondo y se va lejos, y tropieza de pronto con el gran amor, a la novela de los densos años donde se gestó todo eso, escribir y viajar han sido en mi caso, dos formas distintas de ponerle argumento a la vida.

Llegados a este punto alguien dirá, bueno, ya sabemos desde cuando escribe este señor y, si acaso, un poco de por qué lo hace. Pero ¿por qué publica? ¿No hay ya suficientes libros en las librerías? ¿No están saturados los catálogos editoriales de nuevos autores, de nuevos títulos, que brotan como setas en otoño lluvioso? ¿Y no resultan

insípidos por irrelevantes la mayoría de ellos? ¿O, en el mejor de los casos, desoladoramente efímeros?

No puedo responder con propiedad a esta pregunta. La respuesta quizá tiene que ver con la casualidad y con el buen hacer de algún que otro amigo, y poco con lo racional. Solo puedo decir que publicar ahora me ha producido una alegría especial. Sentimiento que se ve reforzado por el hecho de estar hoy aquí con ustedes, compartiendo este momento y estas reflexiones.

Ahora que lo pienso, tal vez yo buscaba sin saberlo la peculiar alegría de compartir, esa expansiva sensación de entregar a otros una parte de lo visto y lo sentido – y, también, intuido, soñado, conversado, escuchado - durante años de mirar, pensar y sentir en hoteles, apartamentos, estaciones de tren y aeropuertos de países lejanos y cercanos; de explorar lo cierto y lo verosímil; de indagar entre la vigilia y el sueño, entre lo imaginado y lo sucedido.

Y de entregarlo de una forma que permita la apropiación por otros. Tal vez sea una reedición ampliada y revisada de aquella sensación infantil de fantasía estimulada por el hecho de ver, leer y contar que experimenté de niño, y que todavía siento. Pues nada me parece más real que la fantasía. Solo ella nos ayuda a seguir viviendo con ánimo explorador. A gozar cada hallazgo como un tesoro. A no cejar. En frase de filósofo célebre: a “buscar como quien espera hallar; a hallar como quien espera seguir buscando”

Antonio Lobo Antunes nos recordaba hace poco que cuando la madre de Conan Doyle supo que su hijo quería matar a Sherlock Holmes para ocuparse de libros que a él le parecían más serios, le escribió diciéndole: “Líbrate de hacerle ningún daño, por pequeño que sea, a una persona tan simpática y educada como el señor Holmes”. Y su hijo, ¡qué remedio!, obedeció. Todavía hoy, setenta y tres años después de la muerte de Conan Doyle, llegan unas cuarenta cartas semanales al 221-B de Baker Street, que, como sabemos, nunca fue la dirección real de Conan Doyle sino la inventada de Sherlock Holmes.

Creo que esto es lo que le importa al lector. No, si el autor tardó mucho o poco en escribir; o cómo lo hizo; o si decidió publicar antes o después; o si sus razones fueron unas u otras. El lector seguramente desea que una obra literaria le haga evocar, pensar, sentir, imaginar, llorar, reflexionar, reír, recordar... Que le libere, siquiera por un rato, de los confines de su propia existencia y le ponga en contacto con personajes distintos a los de su cotidianidad. O, al menos, que le muestre a éstos bajo una luz distinta. Salvo en casos extremos, no tratará de huir de la realidad sino de ejercer el exclusivo privilegio humano de vivir varias (a veces muchas) vidas en el corto espacio de una sola.

Sospecho que al final del día, antes de irnos a dormir, todos esperamos que llegue alguien y nos cuente algo. Algo que nos estimule la imaginación, nos proponga un tema para soñar y nos anime a seguir viviendo. Confío que estos relatos míos consigan algo de todo eso.

Muchas gracias.